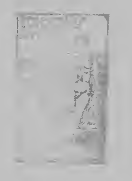


COLECCIÓN POPULAR
DE ARTE





VICENTE LAMPÉREZ
Y ROMEA

LOS GRANDES MONASTERIOS ESPAÑOLES

Con 31 grabados



MCMXX
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
CASA FUNDADA EL AÑO 1876
MADRID

Tipografía Moderna, O'Donnell 6 dupdo.—Madrid.

LOS GRANDES MONASTERIOS ESPAÑOLES

FUERON los grandes monasterios factores de positiva importancia en la Historia de España. Desde la alta Edad Media, la piedad y el ascetismo los crea. Pero además, por rasgo especial de aquellos tiempos, toda batalla ganada, suceso memorable ocurrido o imagen aparecida, se conmemora con la fundación de un monasterio; por lo que crecen sin número. Y como están espléndidamente dotados y son refugio de los hombres sabios y laboriosos, su vida irradia espléndida, ininterrumpidamente potente, desde el siglo VI al XVII. *Grandes* fueron los unos, en concepto de centros culturales, como los cordobeses muzárabes, Ripoll, Silos y Guadalupe; *grandes* otros, por la magnitud y arte de sus edificios, como Poblet, Tordesillas y El Escorial. Vientos de tempestad los barrieron en el pasado siglo; mas la labor social de las grandes casas monásticas no puede ser olvidada

por los hombres modernos, cualquiera que sea la comunión en que profesen.

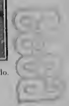
La vida monástica existe en España desde el siglo VI; trata de ella un canon del Concilio de Tarragona, celebrado el año 516, y son conocidos, aunque sólo por sus nombres, los monasterios Servistano (Valencia), Biclarense (Tarragona) y Asaniense (Huesca). Unificada, con Recaredo, la religión nacional, se fundan muchos más, entre los que tuvieron celebridad el Agliense (Toledo), el Paonense (Cádiz), los de Samos (Galicia), Las Santas Masas (Zaragoza), San Román de Hornija (Zamora), y otros. Después de la invasión mahometana, la sociedad monástica se divide, como toda la española, en dos: la de los monjes sometidos (muzárabes) y la de los libres. Constituyen los muzárabes uno de los núcleos más importantes, religiosa e intelectualmente, te, de la civilización de los siglos VIII y IX; con especialidad, los de Córdoba y su sierra, en los que se conservó potente la fe y que produjeron lumbreras como San Eulogio y el Obispo Sanson. Los monasterios Lemilense, Peñamelariense, Tabanense, Cuteclarense, Armillarense, y varios más, en la comarca cordobesa, están

muy citados en las historias muzárabes. Todos desaparecieron en el siglo IX, por las feroces persecuciones de Mohamed. Pero el éxodo de sus monjes a tierras castellanas y g. llegas, fué causa ocasional de la creación de otro grupo de importantes monasterios, como los de Sahagún, Escalada, Castañeda, Mazote, Celanova y muchos más.

En los estados cristianos libres, reconstituídos lentamente por Pelayo y los otros caudillos pirenaicos, los monasterios se multiplican. Sabemos de algunos de ellos fundados en el siglo VIII: el de Lavax (Cataluña) y el de Obona (Asturias), aunque quizás no sean los más antiguos. Los siglos X, XI, XII y XIII fueron los del apogeo monástico español; los que vieron levantarse o reformarse los más *grandes* monasterios, desde los antiquísimos de San Juan de la Peña, Cardeña, Ripoll, Leyre, Albelda y San Millán, hasta los numerosos del Cister. Después, en los siglos XIV y XV, son menores ya las fundaciones; pero alcanzan. vuelos y valores artísticos inusitados: Guadalupe, San Juan de los Reyes de Toledo; Santo Tomás de Avila, la Cartuja de Miraflores... Y en el siglo XVI, lo numeroso de las tundaciones privadas aminora el esplendor monástico, sostenido ya únicamente por

escasos monasterios Reales, entre los que ocupa lugar eminentísimo el de San Lorenzo de El Escorial.

Es indispensable a nuestro estudio el conocimiento de las *reglas* monásticas a que obedecieron los monasterios españoles, por la relación que ello tiene con los fines culturales de cada uno, y con la constitución arquitectónica de sus edificios. Insegura es la suposición de que los monjes visigodos profesaban *reglas* caprichosas, traídas de Oriente por los cenobitas de África; y, más firme, el que San Leandro escribió una *regla* que observaron las monjas. Los muzárabes debieron continuar con las tradicionales visigodas; pero es probable que existiese ya en algunos el conocimiento de la *regla* de San Benito. En los monasterios de los territorios cristianos, la gran Ordenanza de Monte Casino fué aplicada desde el siglo VIII. Lavax y Obona la practicaban en esa época; Valdedios, en el año 893; Ripoll la adoptaba en el de 938; después se hace casi general, pues no son muchos los que obedecen a la de San Agustín o a alguna otra. Relajada más tarde su observancia, Sancho el Mayor acomete la reforma, aplicando la del monasterio de



Fot. Vadillo.

SANTO DOMINGO DE SILOS (BURGOS). — Claustro del Monasterio.



Burgos. — Monasterio de las Huelgas.
Vista exterior.



Fots. Vadillo.

Burgos. — Monasterio de las Huelgas.
Interior de la Sala Capitular.



Fot. Lacoste.

TORDESILLAS (VALLADOLID). — Detalle de la fachada del Convento de Santa Clara.



TORDESILLAS (VALLADOLID). — Patio mudéjar del Monasterio de Santa Clara.



Fots. Lacoste.

TORDESILLAS (VALLADOLID). — Capilla Dorada en el Monasterio de Santa Clara.

Cluny (Francia), rígida reconstitución de la de San Benito; y si no todos los monasterios doblan la cerviz al yugo francés, son mayoría los que aceptan la *reforma*.

Nueva relajación de Cluny al finalizar el siglo XI, incita a Roberto I, y a San Bernardo después, a otra *reforma*, que tiene por centro el monasterio de Citeau (Borgoña). Todos los reyes de las monarquías españolas la aceptan con entusiasmo; y en el siglo XII, la *regla* del Cister impera en numerosísimos monasterios. Y otra *reforma* más, iniciada por San Bruno, manda en los de los Cartujos, introducidos en España al mediar el siglo XII, pero no prósperos hasta el XV. Desde el XIII, dominicos y franciscanos practican las *reglas* respectivas, benitas en su origen, pero muy modificadas por los tiempos y los fines. Surgen otras, como las de los premostratenses y las militares. Y por fin, al concluir el siglo XIV, aparece la nueva *regla* de San Jerónimo, de fundación y auge exclusivamente españoles.

Los fines de estas *reglas* fueron (aparte de los religiosos) muy diferentes. En la Alta Edad Media, la Orden de San Benito se impone como ideal la lucha con la barbarie, la salvación de la cultura. En la Baja Edad Media, obtenidos, en parte

al menos, esos fines, aunque proseguidos por los cistercienses, aparecen otros nuevos: la reforma del clero, en los premostratenses; el auge de la vida contemplativa, en los cartujos; la defensa por modo caballeresco de los oprimidos, en los militares; el combate con las herejías, en los dominicos; la caridad y el amor al prójimo, en los franciscanos; el esplendor del culto, en los jerónimos.

La constitución arquitectónica de los monasterios españoles comienza por modo muy elemental. En los tiempos visigodos, había algunos, por lo menos, que eran edificios de vida común y cerrados, según se deduce de una cita del Concilio de Tarragona (año 516). Los de los estados posteriores a la invasión mahometana, fueron, según obscuramente se atisba en los documentos, de varia constitución: el Albeldense, en la Rioja, da el tipo de casitas aisladas; el de Celanova, en Galicia, tiene una agrupación, pero desordenada; y los muzárabes de la sierra de Córdoba acaso fuesen de aquel tipo. Pero desde la generalización de la *regla* de San Benito, los monasterios seguramente respondieron al tipo que nos muestra el plano llamado de San Gall, en

Suiza (1), que perduró en toda la Edad Media, a través de las *reformas* y con ligerísimas variantes en cada una de ellas. La disposición general es ésta: la iglesia, orientada de Este a Oeste; en un lado, entre el brazo mayor y el del crucero, el claustro; en el ala de Oriente de éste, la sala capitular y el dormitorio encima; en la del Sur, el refectorio y la cocina; en la de Occidente, la casa de los huéspedes, el granero, la bodega y todo lo que necesita estar en contacto con el público.

Entremos ya en la descripción de algunos de los más *grandes* monasterios españoles que nos quedan; pues ocuparse de los desaparecidos, fuera empresa por demás erudita e importuna. Y aun la cita de aquéllos habrá de reducirse a una *impresión* de conjunto, señalando sintéticamente los rasgos más notables y característicos.

(1) Está trazado en un pergamino, y es del año 820.

CASTILLA LA VIEJA Y LEÓN

San Miguel de Escalada (León)

TIENE lugar en estas páginas, a título y ejemplo de monasterio muzárabe; tipo esencialmente español y digno, por tanto, de capital mención.

Fué un monasterio: hoy sólo es una iglesia. La historia nos testifica de aquéllo. Unos monjes muzárabes cordobeses, que, con el abad Alfonso a la cabeza, huyeron de las persecuciones de Abderrahmen II, y a los cuales se congregaron bien pronto otros muchos, labraron en el año 913 iglesia y monasterio. En 988, Almanzor asoló la comarca leonesa, y debió causar daños a San Miguel de Escalada, reparados luego. A mitad del siglo XII, lo poblaban canónigos de San Rufo de Avignón. En el XIV, el monasterio ya no existía.

La iglesia, conservada, es completo ejemplar de esa arquitectura muzárabe tan interesante: planta rectangular con tres naves y crucero, tres ábsides de planta cuadrada al exterior y de herra-

dura al interior; con columnas aisladas, capiteles muy característicos, arcos de herradura, maderamen en la cubierta de las naves y bóvedas gallonadas en los ábsides. En el exterior, un pórtico de columnas y arcos análogos, completan el tipo. ¿Muzárabe indiscutiblemente? Algunos lo suponen visigodo, por saberse que hubo antes allí mismo una iglesia de su época y por varios indicios y rasgos de que no sería pertinente tratar aquí.

¡Gran dolor causa no poder hacer excavaciones que pusieran al descubierto la cimentación, y con ella aprendiéramos lo que fué un monasterio español del siglo X!

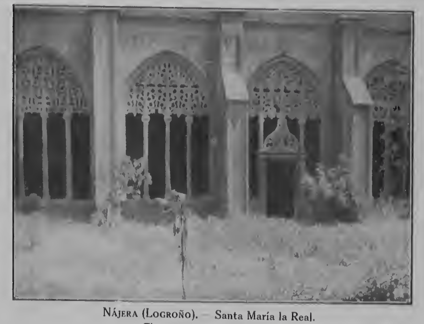
Los monasterios de San Millán de la Cogulla, de Suso y de Yuso (Logroño)

Difícil será encontrar en la larga serie de casas monásticas españolas un contraste más violento, y al par más curioso, que el que presentan las dos riojanas. Arriba, en la ladera, las cuevas donde San Millán hacía vida eremítica, en el siglo VI, base de un monasterio que existia en el VIII, según el P. Yepes, y no antes del XI, según Lafuente. Allí hay un edificio insignificante al exterior, que contiene un vestíbulo, humildísimas dependencias y una interesante iglesia muzárabe,

en años inmediatos, se inauguraba el templo en 1088, y en su recinto descansaba Santo Domingo de Silos.

Fué en esta época el siglo de oro del monasterio; y en la siguiente (siglo XII), casa capital en Castilla, no sólo en cuanto a lo religioso, sino en lo cultural y político; sus abades aconsejaban a los reyes y tomaban parte activa en Cortes y concilios; sus celdas eran lugares de estudio de cronistas e historiadores; sus dependencias alojaban escribas, orfebres, esmaltadores y tallistas.

En lo material, Silos tuvo una iglesia románico-bizantina de gran importancia, sustituída en el siglo XVIII por la actual, que trazó con maestría el famoso D. Ventura Rodríguez, no obstante la frialdad de la ejecución; vió elevarse el claustro bajo, obra de Santo Domingo, dichosísimamente conservado, celebérrimo en nuestra historia monumental del arte románico, prodigioso en sus variadísimos capiteles y en los relieves de los ángulos, y algo después, el claustro alto, notable, aunque inferior al otro, y en sus altares brillaron el frontal repujado y esmaltado y la arqueta, galas del Museo de Burgos; el otro que el monasterio guarde; el gran cáliz ministerial, también allí custodiado.



NÁJERA (LOGROÑO). — Santa María la Real.
Claustro de los Caballeros.



Fot. Vadillo.

BURGOS. — Cartuja. Vista exterior.

En 1880, los benedictinos de Solesmes obtuvieron la cesión de las ruinas de Silos. Restauráronle a fuerza de sacrificios: y hoy, tras años de luchas, vuelve a ser el centro religioso y cultural donde el ritual de la Orden obsérvase escrupulosamente, y donde se producen obras de historia y de literatura del más alto valer.

Las Huelgas, de Burgos

Próxima a la *Caput Castellæ*, en uno de sus amenísimos alrededores, donde los reyes tenían un palacio para *holgarse*, según unos, o donde simplemente había un campo de asueto para los ganados de la ciudad, levantó la devoción de la reina Doña Leonor, esposa de Alfonso VIII, un monasterio de mujeres sujetas a la *regla* del Cister. En 1187, el Papa Clemente III confirmaba la fundación, en cuya fecha ya se estaba construyendo el edificio. La primera abadesa fué doña Mirasol o Misol.

Dueña y señora de 64 pueblos, dotada de permisos y privilegios para dar beneficios eclesiásticos, castigar presbíteros y seglares, entender en causas religiosas y civiles, aprobar confesores, presidir sínodos, otorgar licencias para predicar,

examinar notarios, visitar obras pías.. Tales eran los privilegios de la abadesa de las Huelgas. «Si el Papa hubiera de casar—dicen que dijo el Cardenal Aldobandino—, no encontraría mujer más digna que la abadesa de las Huelgas.»

En lo material, el monasterio es tan importante como en lo político e histórico. Júntanse en su conjunto, la iglesia con su atrio y torre, el claustro, la sala capitular y algo de otras dependencias del más puro estilo gótico, en sus comienzos; el románico, en el claustro interior, llamado «Las claustrillas» (enigma arqueológico por la anterioridad de su estilo al general del monasterio); el mudéjar, en las capillas del Salvador, de la Asunción y de Santiago, de tan directo abolengo mahometano, que hay que suponerlas obras del principio del siglo XIII, y la profusa y pura ornamentación floreal y heráldica, sin rival en los monumentos españoles de la transición románico-gótica.

Desgraciadamente, la clausura monacal sustrae a la admiración del público lo mejor del monasterio. «Las claustrillas», la sala capitular, las capillas mudéjares, el claustro dè «San Fernando», ocultos están. Y con ellos, las interesantes tumbas reales; pues en las Huelgas reposan los

reyes fundadores, Don Alfonso y Doña Leonor, colocados, por justo honor, en el centro de la nave; la reina Doña Berenguela, de preclara memoria; Alfonso VII, Sancho III, Enrique I, y a más, sinnúmero de infantes de la más directa estirpe Real.

Contentémonos, pues, con saber tan interesantes noticias, y con ver el hermoso conjunto exterior, con la torre, las naves de la iglesia, el atrio y la puerta y torre señorial; bello por el estilo, por la variedad de cuerpos y líneas; importante por lo que significó el monasterio de las Huelgas en la Historia de España.

Monasterio de Aguilar de Campoó (Palencia)

No tuvieron los premostratenses en España grandes fábricas arquitectónicas. La mejor y más espléndida fué el monasterio palentino de Aguilar de Campoó.

En 1162, lograron los hijos de San Norberto posesionarse de una antiquísima casa de religiosos de San Agustín, allí existente desde el siglo IX. Medio siglo después, y con la protección de Alfonso VIII, el monasterio prosperó, fué poderoso y dominó sobre otros muchos de la Orden. Queda una inmensa aglomeración de edificios, prueba material de

aquella importancia; entre el insignificante valor artístico de los más, sale el de la iglesia, el claustro y la sala-capitular, que son muy buenas obras del tipo cisterciense, en estilo ojival transitivo del siglo XIII. Quizá hay algo en la iglesia de fecha anterior: la cabecera y el crucero.

A la altura de la fama que un día tuvo el monasterio de Aguilar, está hoy la magnitud de su ruina. Bóvedas hundidas, sepulcros profanados, fragmentos esparcidos, cascotes, hierbas parásitas; algunos capiteles, muy notables, arrancados de su sitio, y expuestos en el Museo Arqueológico Nacional; otros, sirven de *areneros* a las fregonas del pueblo; el claustro y la sala capitular, son almacenes de un vinatero... ¡El monasterio es *monumento nacional!*

San Salvador de Oña (Burgos)

En un valle de la pintoresca comarca que, en la vieja Castilla, forma la cuenca del Ebro, se levanta aún, fuerte y lleno de vida, el antiquísimo monasterio que levantó el conde Don Sancho, en 1011, para su hija Trigidia, a la que puso al frente de las monjas. Sancho el Mayor las quitó y trajo monjes benedictinos. Y en ellos encarnó la reforma cluniacense, en los días

de Alfonso VI. Hasta el siglo pasado, y especialmente en todos los de la Edad Media, Oña fué uno de los más insignes monasterios de la Orden; y a su importancia respondió lo suntuoso de las edificaciones. Hoy es Colegio de los PP. de la Compañía de Jesús.

Dos enormes patios, claustro, iglesia, capítulo, biblioteca, escaleras, dormitorios, huerta murada y dependencias de varias clases, forman el monasterio. La mayoría de estas obras son de fines del siglo XVI, y aun más modernas. La iglesia y el claustro tienen gran valor monumental. Aquélla es una larguísima nave con pequeñas capillas entre los contrafuertes, dos cruceros cuadrados, sucesivamente puestos, y una capilla mayor octogonal. Adviértese bien que es una construcción alargada progresivamente; la nave y el primer crucero, pertenecen al ojival transitivo; el segundo crucero, al decadente; la capilla mayor, es del siglo XVII. En aquel crucero, se aloja una obra de arte de singular mérito: las tumbas reales que contienen, entre otros cuerpos, los del fundador Don Sancho, Don Sancho el Mayor, y Don Sancho el de Zamora. Son urnas de madera, expuestas en grandes baldaquines de igual materia; todo minuciosamente tallado, en el más florido estilo gótico

del siglo xv. La sillería del coro, que las rodea, y que es de igual arte, completa el conjunto.

El claustro lo hizo el abad Alonso de Madrid, entre 1506 y 1512. Figurar puede dignamente entre los más hermosos de España. Su estilo es el gótico florido; tiene grandes ventanales con admirables tracerías; contrafuertes muy decorados, bóvedas de tipo *alemán,* excelente estatuaria y sepulcros de buena traza.

Con todo ello, y con el teatral aspecto del exterior de la iglesia y el majestuoso del monasterio, reune Oña méritos para el lucido sitio que entre sus similares ocupa.

Santa Clara de Tordesillas (Valladolid)

El hoy Real monasterio de Santa Clara, en Tordesillas, fué un palacio levantado por Alfonso XI a raíz de la victoria del Salado. Sus estancias alojaron más tarde los volcánicos e ilegales amores de Don Pedro I de Castilla y doña María de Padilla; muerta la cual, su regio *amigo* ordenaba a su hija doña Beatriz, en su testamento otorgado en 1362, que convirtiese el palacio en monasterio de monjas clarisas. Obediente al mandato paterno, el lujoso palacio fué cedido por la infan-

ta a las humildes religiosas, y a ellas se sumaba después su fundadora, sepultando allí su inútil juventud. A tan novelesca historia únese el interés de ser el palacio-monasterio una de las obras que, en la vieja Castilla, pregonan la influencia que tuvieron las costumbres moriscas en la sociedad cristiana española del siglo XIV. Porque el monasterio es un monumento del arte mudéjar.

En un *compás*, hace frente la fachada, lisa, en cuyo centro está la portada. Dos altas fajas la flanquean: entre ellas, abajo hay una puerta adintelada con dovelas finamente esculpidas; siguen una inscripción y un friso con lacería; después, en lo alto, un ajimez con arcos lobulados y tímpanos de arquillos entrelazados. La obra es de piedra, con cerámicas de color incrustadas. A los lados hay sendas lápidas, en las que, en forma romanzada, se relata la batalla del Salado, de acuerdo en todo con la crónica de Alfonso XI. El *tipo* de esta portada es bien conocido: lo ostenta magnífico, el Alcázar de Sevilla; más modesto, muchos palacios y casas de Toledo, Segovia, Sevilla y otras ciudades.

Traspuesta la clausura, se admiran estancias, patios, capillas y portadas de arte mudéjar, entre un conjunto de grandes construcciones de los siglos XVII y XVIII.

Son notabilísimos el vestíbulo, con interesantes yeserías; el patio, minúsculo, pero bello y típico; la Capilla Dorada, cuyos muros interiores son trasunto de las arcadas del *mihrab* de la mezquita de Córdoba, y su cúpula, curiosa labor de lacería en ladrillo; un salón que conserva la portada y la fuentecilla en el centro. Fuera de clausura hay dos partes de la mayor importancia. La iglesia, es obra gótica de la segunda mitad del siglo XIV; la capilla mayor, quizá antiguo salón del trono del palacio de Alfonso XI, es rectangular, y tiene la más lujosa techumbre *de lazo* que los carpinteros mudéjares hicieran en España; y al lado de la epístola, se abre la capilla del contador de Don Juan II, Fernán López de Saldaña, con varios arcos sepulcrales y un artístico retablo. Todo es obra de final del siglo XIV.

La otra parte notable es el edificio de los baños. Forma un cuerpo aparte, y eran los del Palacio Real. El abolengo mahometano está claro en la disposición típica del vestuario y los locales para los baños templados y calientes. Descontados los de la Alhambra, son estos de Tordesillas los más completos que de la civilización oriental conserva España.

El monasterio-palacio de Tordesillas es un monumento sin par. La historia, la no-



Fot. Vadillo.

BURGOS. — La Cartuja. Altar mayor.



Fot. Vadillo.

BURGOS. — La Cartuja. Sepulero de Don Juan II y Doña Isabel de Portugal.



Fot. Barzanallana.

LUPIANA (GUADALAJARA). — Claustro del Monasterio.



Fot. Moreno.

GUADALUPE (CÁCERES). — Vista general del Monasterio.

vela y el arte, juntáronse para hacerlo interesante.

San Pedro de Cardeña (Burgos)

Flota en el hondo y solitario valle donde el célebre monasterio se asienta, la sombra legendaria del Cid. Diríase que se le ve ascender la pedregosa cuesta en busca de la *ancha Castilla*, y al mismo tiempo, prodigiosamente, regresar, ya muerto, en busca de su tumba, allí preparada. Oyense los llantos de Jimena y el piafar de *Babieca*, mientras que los monjes cantan los oficios de difuntos pidiendo a Dios el descanso de quien tan poco lo gozó en vida.

Todo es ilusión, que la realidad desvanece. El monasterio, viejo más bien que antiguo, si conserva algunas de las piedras contemporáneas del Cid, las guarda en sitios recónditos; y las que constituyen sus visibles fábricas, son del siglo XV, las de mayor fecha, y del XVII las demás. Y el silencio imponente que allí reina, nos dice el abandono absoluto en que los humanos dejaron aquellos históricos lugares.

Poblados estaban ya por monjes benedictinos en el primer tercio del siglo X. Sufrió luego grandes males, entre ellos

una horrenda degollina de monjes, en una *razzia* mahometana. En las centurias XI y XII debió ser reconstruido, y de esas antiguas épocas conserva el claustro «de los mártires», parte de la sala capitular, la torre y un lienzo de muro, todo románico, tosco y arcaico. Pugna con ello la iglesia, grande y fría, obra gótica erigida entre 1430 y 1445 por el abad Pedro del Burgo; y más aún la destartalada capilla «de los Héroes», hecha en el siglo XVIII para guardar dos feísimos sepulcros, donde se creyó dar digno reposo a los restos del Cid y de doña Jimena (hoy en Burgos).

Lo demás del monasterio, obra del siglo XVII, es grandísimo e insignificante. Y, sin embargo, su historia, ilustre entre las ilustres, merece la mención y el recuerdo. Ella os acompaña, melancólica, cuando, cumplida la visita, regresáis a Burgos, tan lleno igualmente de la figura de Rodrigo Díaz de Vivar.

Santa María la Real de Nájera (Logroño)

El rey Don García IV de Navarra es el protagonista de la repetida historia del cazador que persiguiendo una pieza, da en honda cueva, donde halla una imagen de

la Virgen. A poco (la consecuencia también se repite), surge allí un monasterio, pegado a la montaña en cuyo flanco se abre la cueva del milagro. Sancho el de Peñalén, consagraba la iglesia de Santa María de Nájera, en 1056, servida por monjes benedictinos de Cluny; más tarde, a principios del siglo XV, era levantado nuevo templo, y una centuria después, el claustro; y no se separa mucho de ella, la fecha del Panteón Real, que a los pies de la iglesia aparece formando atrio a la cueva.

Por la tradición de su origen y por la historia de los enormes privilegios y territorios que poseía; por el arte de sus construcciones y accesorios, y por los restos Reales que custodia, el monasterio de Nájera es casa insigne. La iglesia es importante construccion ojival, de tres naves y sendos ábsides planos; en la central está el coro, amueblado con una sillería magníficamente hermosa, de tracería gótica y figuras escúlpidas, talladas por Andrés de Nájera; y allí también *estuvo* el famoso tríptico atribuído a Memling, que describió Jovellanos en sus *Diarios* (1795), como partes, ya arrinconadas, del retablo viejo; insigne pintura representando al Padre Eterno entre un coro de ángeles, vendido vergonzosamente no hace muchos años.

El claustro, grande en dimensiones, es obra todavía gótica por el interior, con bellas portadas y bóvedas. Sus vanos los cierran unas tracerías de un estilo «Renacimiento» fantástico, sin igual en España. En las galerías están sepultados los más linajudos *caballeros* de la familia de los Lope de Haro, en hermosos *arcos soliums*. En el Panteón Real reposa una parte principal de la *Historia* de Navarra: el rey Don García, el fundador del monasterio; su mujer doña Estefanía; Sancho el de Peñalén; su esposa Doña Blanca; los infantes Doña Sancha Garcés, Don Gonzalo, Don Álvaro, Doña Teresa y Doña Marcela López, hija del Conde Don Lope Sancho de Pamplona. Y aun hay más sepulturas de próceres en la Capilla de la Cruz, de los López de Haro: Garcilaso de la Vega, Manrique de Lara y López de Salcedo.

Santo Tomás, de Ávila

En la hondonada abulense que pueblan enormes cantos de granito, cual hitos prehistóricos, fundó la noble casa de los Muñoz Arnalte, en 1480, el monasterio de frailes dominicos que hicieron célebre después, en lo histórico, el padre Torquemada, y en lo artístico, la tumba del malogrado Príncipe Don Juan. Aunque la fun-

dación fué particular, la construcción material se debió a los Reyes Católicos, y con tan insignes protectores, la obra, construída de 1483 a 1493, alcanzó vuelos de grandeza. Ignorábase el autor, aunque no faltaba quien nombrase a Juan Guas o Alonso Cobarrubias; hoy se cree haberlo sido Martín de Solórzano.

El enorme conjunto del monasterio responde a una ordenada disposición: un edificio avanzado, con destino a los novicios; la iglesia, con el claustro lateralmente puesto; el enorme Palacio Real, en la parte posterior, sobre la base de un gran patio. La iglesia, de una nave, en cruz, toda de granito, es un severo ejemplar de la arquitectura gótica decadente de la época. A los pies, un enorme coro alto (sustentado por una de las bóvedas (casi plana) más notables de España), contiene la hermosa sillería gótica, prodigiosa en combinaciones geométricas, tallada hacia 1492 por Martín Sánchez. A la cabecera, el presbiterio, muy en alto, tiene un insigne retablo de tablas pintadas, atribuídas a Pedro Berruguete. En el crucero, la joya del monasterio: el mausoleo del Príncipe Don Juan, rica urna «Renacimiento», cincelada por el florentino Domenico Fancelli, que sirve de lecho a la más poética estatua yacente que pueda imaginarse. Y aun

hay en la iglesia los sepulcros de los fundadores, admirables, y vidrieras y facistoles.

En el recinto monástico, el claustro real tiene dos pisos con galerías de arcos rebajados en el bajo, y mixtilíneos en el segundo; el del *silencio* o conventual, está abovedado, y el refectorio es amplio salón con arcos y maderamen.

Flota sobre el convento abulense una negra nube de melancolía y odio, que integran la discutida figura del Inquisidor Torquemada, los judaizantes condenados, las hogueras inquisitoriales...

Monasterio de San Benito, de Valladolid

Al llegar el siglo XIV, los «benitos» españoles andaban revueltos y relajados. Y eran los de San Benito, de Valladolid, religiosos de vida estrecha, regla estrictamente observada, prestigiosos y de virtud. Por lo que, tras luchas y controversias, asumieron la unificación de monasterios y reglas, bajo la ordenanza que se llamó «Congregación de San Benito, de Valladolid». De donde le viene la fama a esta casa, más que de sus méritos artísticos.

Grande sí es y aparatosa. La iglesia se anuncia con enorme torre, que forma

abajo atrio de ingreso, arriba con abierta *loggia*, y aun tuvo otros dos pisos con ventanales. El interior es una inmensa y triple nave, de estilo gótico decadente, embovedada con crucerías, seca de perfiles y fría de conjunto, a lo que contribuyó la *despoblación* que de sus galas hicieron los tiempos y los hombres. Porque ha de consignarse que cobijó obras insignes de talla, escultura y pintura: el retablo mayor, famosísima hechura de Alonso Berruguete; otro de Gaspar de Tordesillas; «el Cristo de la Luz», célebre escultura de Gregorio Fernández; los cuadros de Fernando Gallegos; la estupenda sillería de coro de Andrés de Nájera. Con lo que, la enorme y fría nave, adquiriría valor de museo copioso y meritísimo.

El convento (hoy cuartel), es un edificio cuadrilongo, de arquitectura herreriana, más frío aún que la iglesia; pero, por lo menos, noble de líneas, sobre todo en el claustro principal, muy clásico y hermoso.

La historia y los artistas del monasterio, son conocidos. Sobre el solar del antiguo alcázar real, lo fundó el rey Don Juan I, obediente al deseo de su padre Enrique II, en 1388. La iglesia la hizo, entre 1499 y 1503, el maestro Juan de Arandía; el convento, Juan de Ribero Rada, del que se supone el bello claustro.

Lugar de oración y panteón Real; modesto en sus edificaciones conventuales, cuan suntuoso en las religiosas, la Cartuja burgalesa se alza en elevado montículo, desde el que se otea un paisaje de sosiego y abundancia. Los bosques y campos que lo cercan, fueron poblados cazaderos, que ocuparon los ocios de Enrique III. Su rústico palacio fué cedido por su hijo a los cartujos, en 1442; mas, apenas reformado, un gran incendio lo destruyó. El rey Don Juan II encargó a Hans de Colonia, maestro por entonces de la Catedral, que lo reedificase, lo que daba comienzo en 1452. Lentamente se levantaron celdas, claustros e iglesia; ésta, punto culminante del edificio, no alojó el culto hasta 1496.

Ninguna otra de la Orden en España la gana en suntuosidad, no tanto en su parte arquitectónica, cuanto en obras maestras de las artes españolas. Es de una sola nave, de estilo gótico decadente, con bóvedas de crucería; al exterior tiene artística silueta, por los pináculos y crestería que la bordean. Traspuesto el bello ingreso, de estilo florido y fina ejecución, nos



Fot. Moreno.

GUADALUPE (CÁCERES). — El Claustro del Monasterio.



Fot. Lacoste.

El Escorial (Madrid). — Vista del Monasterio desde la Casa del Príncipe.

hallamos en el coro de conversos, con sillería del Renacimiento, de hermosas figuras talladas por Simón de Bueras en 1558. Después está el coro de los monjes, cuyas sillas, de estilo gótico en su manera *geométrico-flameante*, son de Martín Sánchez. Luego, el ánimo quédase suspenso ante las tres maravillas que solicitan su admiración: el sepulcro de Don Juan II y de Doña Isabel de Portugal, labrado entre 1480 y 1493 por Diego de Siloe, a mandato de la Reina Católica; el del infante Don Alfonso, su hermano, de igual fecha y mano; el retablo mayor, estupenda obra tallada por aquel artista, en colaboración de Diego de la Cruz, entre 1496 y 1499. El sepulcro real, en forma de tumba exenta, de rara planta estrellada, es prodigio de ornamentación e imaginería, sobrepujado por el arte de las dos figuras yacentes; el del infante, adosado, representa el mayor alarde del estilo florido, en la interpretación del *arco solium* tradicional; el retablo es magnífica composición de talla policromada, que contiene una síntesis de cuanto el cristiano debe saber y creer, presidida por la imagen del Crucificado, trágica e imponente cual ningún cincel acertó a esculpirla.

En la clausura, son curiosos el patio grande, que circundan las *casitas* de los

monjes; la sala capitular; la sala prioral, con una buena chimenea, y más patios y dependencias. En suma: el ejemplar completo y característico de la arquitectura cartujana.

Santo Domingo, en Salamanca

No es ya el convento que hoy contemplamos el que en 1484 oyó las famosas controversias teológico-científicas entre Cristobal Colón y los sabios que comandaba Fray Diego de Deza; mas sobre su solar mismo está edificado, mereciendo por ello el respeto y la veneración. A tales sentimientos ha de unirse el admirativo por la insigne obra arquitectónica que los dominicos levantaron en la ciudad del Tormes. Del Cardenal Juan de Toledo fué el pensamiento de la suntuosa fábrica; sus autores, Juan de Álava, primero, y Juan de Rivero Rada, después; las fechas de comienzo y finalizacion, 1534 y 1610.

Abarcan éstas un período de la arquitectura española que pasó, desde la ojival hasta la clásica herreriana, culminando en la «plateresca». A tan jugosos estilos pertenecen las partes del convento salmantícense que nos ocupa. A la iglesia la anuncia una espléndida fachada, compuesta de

un elevado arco de medio punto entre dos contrafuertes, formando un inmenso nicho que cuajan pilastras y entablamentos, netos y tímpanos, a su vez repletos de grutescos, doseletes, estatuas, bajorrelieves y medallones, en bizarra mezcla gótico-plateresca. Más de lo primero tiene la fachada lateral, erizada de pináculos; y el interior de la iglesia, de amplísimas naves y crucero ricamente abovedadas con crucerías, que adornan doradas *arandelas*, esbelta linterna central y ancho coro, sostenido por atrevida bóveda casi plana. En el testero, una retorcida *máquina* churrigueresca, notable en su género, encuadra una hermosísima pintura de Claudio Coello (el martirio de San Esteban); en el muro de los pies, otra, magna en tamaño y en mérito, de Antonio Palomino (las glorias de la Orden); en el altar mayor, la románica y esmaltada imagen de la Virgen de la Vega; y en el costado del Evangelio, la tumba (moderna, del arquitecto Marqués de Cubas) de Don Fernando de Toledo, el *gran* duque de Alba.

La sacristía es salón alto y soberbio, y no menos la sala capitular, obras ambas de Juan Moreno (1626). El claustro pertenece a ese estilo gótico en la estructura, «Renacimiento» en los detalles, tan espa-

ñol y bello; y lo es ciertamente, y en grado sumo, especialmente por las bóvedas. Y, en fin, la atrevida escalera, completa la monumentalidad del convento dominico de Salamanca.

CASTILLA LA NUEVA Y EXTREMADURA

Calatrava la Nueva (Ciudad Real)

El «Sacro» convento, es la segunda casa de la Orden de Calatrava, por abandono de la primera, en 1217. Trátase, pues, de un imponente castillo-monasterio, de estilo ojival de transición.

Tuvo el castillo tres recintos amurallados y gigantesca torre del homenaje; una iglesia de tres naves y tres ábsides, con bóvedas de crucería; un claustro, refectorio y sala capitular, y enorme aglomerado de edificaciones. Toda la obra (y esto es notable) es de ladrillo y mampostería de pedernal, construcción propia del país, que da al monumento un raro aspecto.

Poblaron la iglesia y su capilla suntuosos sepulcros de los maestres de la Orden, e importantes retablos y coro, labrados en el siglo XV, de cuya época son ciertas decoraciones de yeso, de mano mudéjar.

Desdichadamente, la gran casa de los calatravos está en un lamentable estado de ruina.

San Bartolomé de Lupiana (Guadalajara)

Fué en el promedio del siglo XIV y en Lupiana donde cristalizó la singular agregación de unos ermitaños italianos y españoles que andaban errantes y sin Regla, sin monasterio y sin prior. Únense a ellos tres personajes de nota en la corte de Alfonso XI: Pedro Fernández Pecha, Alonso Fernández Pecha y Fernán Yáñez de Figueroa; con lo que ya pudieron instituir una Orden, con la advocacion de San Jerónimo y la erección de un monasterio, sobre la base de la ermita de San Bartolomé, que los ascendientes de los Pecha habían edificado en 1330. Y así, de vida eremítica y humildísima, nació la Orden opulenta y magnífica por excelencia; una pobre iglesia y claustro misérrimo, constituyeron el primer monasterio que había de tener por hijos las espléndidas casas de Guadalupe y El Escorial.

Un siglo después de la fundación, el auge de la orden pidió más cómodo edificio. Favorecido por Alonso Carrillo, en 1463, se levantaban en Lupiana otras fábricas, que por las descripciones del Padre Sigüenza, y por algún resto, debieron ser buenas obras de estilo mudéjar guadala-

jarense. Mediaba el XVI cuando el monasterio se engalanó con un nuevo y magnífico claustro, y finalizaba con la elevación de la iglesia, aula capitular y otras dependencias.

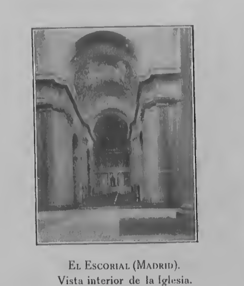
Queda un conjunto de edificios. La iglesia es un *remedo* de la de El Escorial: un crucero que debió cerrarse con cúpula, capilla mayor con tribunas laterales, coro alto, y fachada con puerta de orden dórico y remate en frontón. La sala capitular, obra de Francisco Mora (1598), fría e inexpresiva, llama la atención por los nombres de todos los monasterios jerónimos de la península, en sus sitiales puestos, en número de cincuenta y dos. La joya arquitectónica de la casa la constituye el claustro. Es de estilo «Renacimiento» plateresco, con tres pisos de galerías, de arcos de medio punto el inferior, rebajado el intermedio y adintelado el superior. Las columnas, balaustradas, archivoltas, capiteles, zapatas y enjutas, son de bellísima traza y gran fantasía, y el conjunto tiene más nobleza y masas que las que suelen tener las obras del estilo, pecadoras las más de las veces por sobra de nimiedades escultóricas.

Guadalupe (Cáceres)

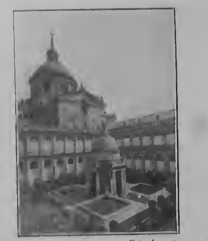
Evoca este nombre una España gloriosa. Alfonso XI, el Salado, los Reyes Católicos, Granada, la Orden de San Jerónimo, Lepanto, la Infanta Isabel Clara Eugenia, los conquistadores de América, el arte mudéjar, Zurbarán...

Fué aquél un lugar consagrado por al Virgen, allí aparecida a un humilde vaquero. La piedad hizo lo demás; Alfonso XI, agradeciendo a la Señora de Guadalupe su victoria sobre Tarifa, creó un priorato, que los jerónimos convirtieron en monasterio importante al finalizar el siglo XIV. El prior, Fray Fernando Yáñez, rehizo la iglesia, levantó torres, claustros y dependencias. Después, reyes, próceres y artistas, volcaron sus riquezas y sus creaciones, con lo que Guadalupe llegó a ser santuario *nacional*.

El monasterio es hoy una imponente masa de edificios de subido color rojizo. La silueta general, es poco monástica; diríase que aquéllo es un palacio-castillo. El *arte* es gótico y mahometano de orígenes; pero tiene poco del nerviosismo de lo francés o flamenco, ni del afeminamiento de lo alhamar. Las torres son grandes y



El Escorial (Madrid).
Vista interior de la Iglesia.



Fots. Lacoste.

El Escorial (Madrid).
Vista del Patio de los Evangelistas.





Fot Crum Waston.

La Oliva (Navarra). — Detalle del Claustro del Monasterio.

cuadradas, sin matacanes ni cornisas, y la tosca mampostería y el rojo ladrillo le dan imponente austeridad. La iglesia es la obra de un maestro que la ideó en granito, y en ese estilo gótico castellano del siglo XIV, algo frío y amanerado. Mas las *manos* moriscas, toledanas y sevillanas, cambiaron el material y la interpretación de aquella idea. Y contrafuertes, pináculos, archivoltas, *arrabaes*, tracerías y linternas, son de estilo mudéjar talaverano, y almohade de Sevilla.

Donde la inspiración gótica no se impuso, los artistas moriscos dejaron correr la suya. Y surgió lo que quiso ser claustro de un monasterio cristiano, y resultó patio de abluciones de una mezquita mahometana. Las galerías tienen doble orden de arcadas, con pilares y arcos de herradura. En el centro se levanta un templete que cobija una fuente, gótico de *impulso*, moro de factura; ejemplar bellísimo, singular en toda la arquitectura española. Y al mismo arte pertenecen el edificio anejo, llamado de la «enfermería y botica», con su curioso patio y bellas ventanas y chimeneas de primorosa labor de albañilería.

Magnifican la iglesia las tumbas de Enrique IV y de su madre Doña María; las rejas, la pila de bronce, el sepulcro de los

Velasco, obra de Egas; el retablo, de Gómez de Mora y Merlo. Y la *amueblan* esmaltes del siglo XIV, salvados del trono de la Virgen, la sillería del coro, el damasquinado escritorio de Felipe II, los frontales, los libros de coro miniados, las ropas suntuosísimas, como el «trapo viejo», resto de una manga parroquial, y el manto donado por Isabel Clara Eugenia.

Pero aun hay algo capital que admirar. En la sacristía, grande y bien proporcionada, en espacios admirablemente dispuestos, destácanse poderosos, insignes, los cuadros de Zurbarán: el padre Salmerón, de rendida actitud; el padre Illescas, cuya alma se ve; el padre Cabañuelas, en transporte místico; el Santo Doctor...

Reina de tanta riqueza, inspiradora de su arte, aparece en su camarín la imagen de la Virgen, la que halló el humilde vaquero del siglo XIV. Desde allí preside, con serenidad hierática, el inacabable concurso de fieles adorantes, que ininterrumpidamente se renueva.

San Juan de los Reyes, en Toledo

Cifra y compendio de cuantas magnificencias reunieron las artes españolas en los días de la unidad nacional, es el convento franciscano que fundó y elevó la

Reina Católica, en cumplimiento de un voto, en 1476. Fué en principio humilde y pobre, y contra ello protestó la gran Isabel, según un cronista, diciendo a los frailes de La Bastida: «¿Esta nonada me avedes fecho aquí?» Rehecho suntuosamente, no lo gozaron concluído los Reyes Católicos.

Por raro caso en la monumentalidad medieval, conocemos el nombre del autor: Johan Guas. Desde 1459 trabajaba en la Catedral, de la que fué después maestro mayor. Artista insigne fué ciertamente quien concibió y labró las maravillas de San Juan de los Reyes. Todas las plumas de viajeros, poetas y eruditos han agotado los adjetivos encomiásticos, describiendo esas fábricas.

Quedan en pie la iglesia, el claustro y un gran salón a éste contiguo. La iglesia es de una nave, con ábside poligonal y linterna en el crucero. El estilo es el ojival, en el mayor y más estupendo período florido. No hay en él, ni en España, ni acaso en toda Europa, *páginas* de él comparables con los frentes del crucero, ornamentados profusamente con los escudos reales tenidos por el simbólico águila de San Juan, apoyados, flanqueados y coronados por frondas, estatuas, doseletes y arquerías de prodigiosa fantasía y admi-

rabilísima labor. Y no desmerece lo demás de la iglesia: pilares y bóvedas, puertas y tribunas, y, sobre todo, la linterna, de hermosísima traza.

El claustro es la *joya* del estilo. La galería baja ostenta la mayor exuberancia en los pilares, repisas, archivoltas, doseletes, crucerías y ventanales. Lo que allí pierde el elemento arquitectónico, lo gana, quizá con exceso, la gala ornamentista. La galería alta, más sencilla, se hace notar por los arcos de trazado mixtilíneo. Las *líneas* de los contrafuertes, cresterías y pináculos, completan la unión de un arte de filigrana.

Alemano-borgoñón es sin duda su origen. Pero hay que acudir a las fantasías mahometano-granadinas para explicarse tanta minuciosidad y ciertos elementos que aquella escuela no usó nunca. Por eso San Juan de los Reyes debe considerarse como una creación esencialmente española.

¡Y qué lejos está de la simplicidad y pobreza que los hijos del santo de Asís llevaron a todas partes como sello de su Orden!

El Escorial (Madrid)

¿Qué decir de la celebérrima fundación de Felipe II, que no haya sido ya escrito?

Mas ¿cómo omitir la reseña del monumento más representativo que España tiene? En el dilema, optemos por hacer una simple *impresión*. La historia al detalle, y el recuento de todas las obras de arte que atesora, no caben en estas páginas.

El 10 de Agosto de 1556, el príncipe Felipe, todavía heredero, ganaba su primera victoria en San Quintín. Por agradecimiento a San Lorenzo, cuyo era el día, decidió erigir un monasterio, confiándolo a la Orden Jerónima. Escogida como emplazamiento la falda de la sierra de Guadarrama, y hechos los planos por Juan B. de Toledo, se colocó la primera piedra en 1563 y la última en 1584: plazo no largo para tal masa. Muerto Toledo cuatro años después del comienzo; la obra la dirigió Juan de Herrera, hasta su término.

La disposición se adapta al programa impuesto por el Rey, sin que en ella interviniera para nada la absurda imitación de la parrilla de San Lorenzo, como el vulgo pretende: una casa para 50 monjes, otra simétrica para dependencias; en medio, la iglesia; detrás, los aposentos Reales. El primer proyecto de Juan B. de Toledo tenía sólo la mitad de la altura que luego se le dió, y mayor número de torres; mas, comenzada ya la obra, fué voluntad del Rey aumentar hasta 100 el número de

monjes, por lo que Herrera se vió obligado a duplicar la altura.

Como *conjunto*, el monasterio es imponente. Fáltale, en verdad, a la planta, la animación de los cuerpos salientes; pero hay belleza en la franca acusación, en alzado, de las distintas partes: crujías, iglesia, torres. El cuerpo central de la fachada, de dos *órdenes* gigantes superspuestos, es grandioso, aunque peca de aplastamiento. La iglesia es la obra maestra de Herrera. El *pensamiento* de la planta parece ser de un italiano llamado Pachotti, a quien Felipe II se le pidió; pero Herrera lo *hizo suyo* por modo admirable. No es sino la disposición tradicional de la cruz griega, con cúpula central. La fachada, metida entre muros y tejados, formando testero del seco patio de los Reyes, no es un acierto de composición. El interior, en cambio, es de gran efecto: tiene masa, continuidad de líneas, armonía (sin duda excesiva) de proporciones, unidad de motivos, a los que la cúpula central domina noblemente.

El claustro de los Evangelistas pasa con justicia por ser la mejor creación de Herrera. Sus galerías, de dos *órdenes* con arcadas, están llenas de *movimiento*. Las proporciones son acertadísimas, y el templete central es una joyita de arte clásico.

Detrás de la iglesia están los aposentos Reales. Nada más tétrico y sencillo que aquellas estancias, donde aun parece que se oye agonizar al grande y calumniado Felipe II.

Retablos y pinturas, panteones Reales y salas capitulares, escaleras y coros, esculturas y joyas... ¿cómo enumerar siquiera lo que El Escorial encierra?

....

....

Tal es la *impresión* que nos sugiere el monumento. Para unos, es la *octava maravilla;* para otros, tan solo la *mayor masa de piedra que hay en el mundo.* Para todos, es y debe ser un edificio cuyo *carácter* y *representación* están admirablemente encontrados.

San Salvador de Leyre

El ferrocarril de Pamplona a Sangüesa nos deja en Yédena. Tomemos un coche que, por la carretera de Jaca, pasa por Yesa. Aquí ya tendremos que cabalgar. Y por empinadísimo camino llegaremos a la altura donde, señor del valle del río Aragón, se levanta el insigne monasterio-palacio-panteón de San Salvador de Leyre: mejor dijéramos, los restos.

En estrechísimo lugar, bordeado de peñascos y precipicios, se emplaza la iglesia y el cuerpo del monasterio. Sobre bravío bosque, que en hondo queda, se abre una portada, insigne obra románica, cuajada de esculturas y ornatos. Entráse a la iglesia. ¡Extraño monumento! Una amplísima nave forma su cuerpo: las bóvedas, de crucería, nos dicen ser de estilo ojival y del siglo XIV. Al fondo, la nave se trifurca, en otras tantas, a cuyo fin, hay sendos ábsides semicirculares; la estructura nos cuenta que es de estilo románico y del siglo XI. La impresión, solemnísima,


Fot. C. Rodríguez.

Lugo. — Convento de San Francisco.



LORENZANA (LUGO). — Monasterio de San Salvador.

nos prepara a lo que vamos a experimentar después, cuando descendamos a la cripta. Es un tenebroso lugar, de cuatro naves, rudamente abovedado, sobre columnas cortas con capiteles bárbaros. ¡Bien está el lugar para lo que contuvo! Porque allí estuvieron gozando de un reposo que creyeron eterno, los restos de los viejos y heroicos reyes navarros: Sancho Garcés, Ximeno Iñiguez, Iñigo Arista, Garci-Iñiguez, Fortunio VIII, Sancho Abarca... y muchos más. A lo menos, las dudosas tradiciones dan esos nombres.

De lo demás del monasterio, queda un enorme cuadrilátero de muros, con restos de un patio y de variadísimas dependencias, sin curiosidad alguna arqueológica ni artística.

Mas es la gloriosa historia de Leyre la que lo avalora. Existía ya en el siglo IX. Iñigo Arista lo hizo restaurar. Sancho el Mayor lo favoreció grandemente, poblándolo con monjes bernardos, que Sancho Ramírez hizo dependientes de Cluny. Teobaldo I trajo a los bernardos, que, definitivamente, se adueñaron de la casa en 1273. ¡Y siempre y en todas épocas, Leyre fué el palacio y retiro de los reyes de Navarra y su panteón! Y por ello mereció que Sancho el Mayor lo llamase «corte y corazón» del reino!

En el límite de Castilla, Navarra y Aragón, como *fito* de los respectivos territorios, estaba el castillo de Tudejen, propio, con muchos lugares, de Don Pedro Tirón y de su mujer Doña Toda. Cediéronlo, en 1152, a los monjes bernardos y a su abad Raimundo. Entre esa fecha y la de 1287, levantóse la enorme masa del monasterio. Culmina la historia de esta casa en un hecho, que basta a darle títulos de nobleza. La plaza fronteriza de Calatrava, abandonada por los Templarios en 1157, corria grave peligro de caer en manos enemigas. Nadie se atrevía a defenderla. El abad Raimundo, de Fitero, comprometióse a ello, con sus monjes y vasallos. Y alli y así nació la Orden Militar de Calatrava, de tan gloriosos fastos.

De las obras que constituyeron la gran fundación de San Raimundo y sus inmediatos sucesores, sólo quedan la iglesia y la sala capitular. Aquélla es la más grande e imponente de las que los Cistercienses levantaron en España. Amplia y magnífica, con tres naves, crucero, cuatro capillas absidales, otra central, girola y absidioles en ella, reúne en sí las dos disposiciones

características de la Orden, que, en las demás españolas, se presentan separadas o tímidamente apuntadas. El estilo, ojival de transición, es sencillo y rudo: ningún detalle escultórico anima aquella fábrica, severa y robusta. La *impresión*, armoniza bien con el constructor, que lo fué aquel obispo de Osma y luego arzobispo de Toledo, guerrero, historiador y consejero de reyes, que se llamó Don Rodrigo Ximénez de Rada, nieto de Don Pedro Tirón, el generoso donante del territorio de Fitero.

La sala capitular tiene, como todas sus similares, planta cuadrada y un bello ingreso, de fiero estilo románico, no menos severo y robusto que la iglesia.

San Francisco, en Lugo

CÍTASE aquí, no porque lo señalen hechos importantes o primores arquitectónicos, sino porque reúne completos los elementos característicos de los conventos de la rama pobre de la Orden Francisca.

La tradición dice que la fundó el mismo Santo de Asís cuando volvía de su peregrinación a Compostela. Más histórica es su erección en Lobico (cercanías de Lugo) al finalizar el siglo XIII, y su traslado a la ciudud en el XIV. La iglesia y el claustro se hicieron en el XV, aunque aquélla no se terminó hasta 1510; lo dicen sendas inscripciones. Son ambos edificios lo único arquitectónico que conserva el convento, pues el resto se incendió totalmente el año 1638.

La iglesia es de una nave, con extenso crucero y tres ábsides, con cubrición de arcos y maderamen, entre el que debe notarse el del crucero, de traza mudéjar, por lo raro de ejemplares de este arte en

Galicia. Las esbeltísimas ventanas de los ábsides les dan belleza y carácter.

El claustro es cosa de notar por su pronunciado arcaísmo. Diríase una obra del siglo XII, aprovechada por los franciscanos; tales son sus elementos arquitectónicos, netamente románicos. Y, sin embargo, dos inscripciones dan la fecha de construcción, 1452. En una de sus alas, cinco arcos apuntados sobre grupos de columnillas, son el ingreso de la sala capitular, que ya no existe.

San Francisco de Lugo es un monumento típico de la Orden y de la región.

San Martín Pinario, en Santiago de Compostela

Grande en lo histórico, inmenso en lo material, el cenobio pinatense remonta su fundación al siglo IX, en que se constituían como guarda del sepulcro del Apóstol, iglesias y monasterios, hospicios y palacios. Con la Orden de San Benito logró bien pronto poderío e importancia, que al mediar la oncena centuria exigió la construcción de templo, claustro y dependencias, que eran, según el padre Yepes, si no suntuosos, sí muy capaces, y serían, indudablemente, de ruda arquitectura proto-románica. Aumentos mayores

en la importancia monástica, los pidieron para la casa en el siglo XVI; y desde su final, hasta el del XVIII, no cesaron las obras de reconstrucción, resultando, a la postre, una de las mayores masas de piedra labrada que puedan admirarse en España. Hoy lo ocupa el seminario de la archidiócesis compostelana.

La iglesia, de cruz latina y estilo grecorromano escurialense, es lo primero que se hizo en la reconstrucción. La hizo un arquitecto portugués llamado Mateo López, al que sucedió otro, Antonio González. La grandeza material no logra compensar la frialdad de sus líneas: pero a bien que para obtenerlo prodigaron allí los entalladores gallegos del siglo XVIII sus más admirables obras. No hay, en efecto, en lo barroco ornamental español conjunto parecido al de la serie de detalles de esta iglesia. Los arquitectos Casas y Camiña, los escultores Prado, Romay y Ferreyro, hicieron allí obras de justa admiración, cualquiera que sea el juicio que sobre el estilo se tenga. El retablo mayor, especialmente, y la estatua de santa Eustaquia en uno lateral, son bastantes a justificar la fama de Casas y de Ferreyro.

Al lado opuesto de la iglesia, frente a la catedral, extiéndese la inmensa fachada

del monasterio, de estilo grecorromano. Dos cuerpos avanzados la flanquean: el central, que se basamentó con un pórtico corrido, tiene una ordenación monótona de pilastras y huecos rectangulares, rota violentamente en el centro por gigantesca portada con columnatas pareadas de orden dórico y coronación de altísima *peineta*. No es menos enorme el primer patio, construído en la última mitad del siglo XVII y primera del XVIII, con elementos de columnas y arcadas grandes y aparatosas. Y luego, galerías y escaleras, más patios, aposentos, salones y dependencias que se alínean y encaraman en el interior de la mole, y *asoman* en sus tristes fachadas, a las que la *negrura* típica de los monumentos compostelanos da carácter imponente, de impresión inolvidable.

San Salvador de Lorenzana (Lugo)

En amplio compás, júntanse las barrocas fachadas de la iglesia y del palacio de los Condes. Son las suntuosas renovaciones del monasterio benito, que fundara en su heredad de Villanueva de Lorenzana, al mediar el siglo X, el noble Osorio Gutiérrez. Tan enorme importancia logró, que no mucho después poseía grandes riquezas y era señor de multitud de otros

monasterios. El poderío atrajo los pleitos; los abades, insignes varones, rivalizaron con los obispos de Mondoñedo. Al agregarse, en el siglo XVI, al de San Benito de Valladolid, comenzó su decadencia. Sin embargo, en el siguiente, aún tuvo arrestos para reconstruir el monasterio; y entonces se levantaron esas estupendas fábricas barrocas, de ese barroco gallego, en el que las grandes líneas arquitectónicas dominan la ornamentación, produciendo conjuntos de gran nobleza.



Fot. Garzón.

GRANADA. — El *Sancta-Santórum* de la Cartuja.



Fot. M. Vega.

SAN CUGAT DEL VALLÉS (BARCELONA). — Claustro del Monasterio.

ANDALUCÍA

Convento de la Rábida (Huelva)

LA Rábida! ¡Cristóbal Colón! ¡Nombres unidos por la inmortalidad!

La erudición entendida nos habla de las pretensas o ciertas mudanzas de aquel cerro: Rus Dad de los fenicios; templo después, con nefando culto a Proserpina; consagrado a la Virgen de los Remedios en los tiempos constantinianos; lugar de un eremitorio o *rabitha* mahometano; casa de los Templarios en el siglo XIII; establecimiento, al mediar el XV, de los frailes *observantes*. Y la arqueología moderna, analizando el edificio, lo ha avalorado, descubriendo cómo, bajo la modestia y pobreza de sus blanqueadas partes, existían una curiosa iglesia gótico-mudéjar; un patio, de buen arte morisco, de ladrillo; pinturas de gran interés; techumbres de lazo... Cierto e interesantísimo es todo ello. Mas no será su variada historia, ni su dudosa valía artística, las que hacen del humilde cenobio franciscano un monumento venerando y digno de ocupar pági-

nas en nuestro inventario monumental. Es la sombra de Cristóbal Colón, allí refugiado con su hijo Diego en la más triste época de su gestión; es la modesta sala donde se reunieran el animoso fraile Antonio de Marchena, el buen guardián Fray Juan Pérez, el médico Garci-Fernández y el marino Pedro Velasco; es el claustro, que oyó, en impacientes paseos, los soliloquios del gran descubridor.

Hoy, pasada una vergonzosa etapa de abandono y olvido; restaurado con cariño, y descrito con sabiduría, el convento de La Rábida ha adquirido sitio eminente. Y más debiera alcanzarlo, si los americanos, tan pródigos en viajes a la Europa *llamativa;* tuviesen conciencia de que un alto deber filial les impone la visita al lugar donde se engendró su venida al mundo.

La Cartuja, de Granada

De la severidad impuesta por San Bruno al fausto barroco de la granadina Cartuja, hay un mundo de distancia. Poética y humilde por de fuera, es por dentro el más desenfadado alarde de fantasía, de riqueza y de policromía. En ello radica, precisamente, su importancia.

Una extensa plataforma rodeada de tapias forma *compás* o atrio al convento.

Descansando en uno de los bancos, repasemos la historia del edificio, con los recuerdos del Gran Capitán y su esposa, que, en 1513, cedieron terrenos a los cartujos del Paular para edificar casa religiosa, elegida para su sepultura; el cambio de emplazamiento, al que ahora ocupa, y las nuevas obras en 1516; la construcción de su iglesia en el siglo XVII, no concluída hasta el XVIII, con las adiciones del *Sancta Santorum* y de la sacristía; las numerosas dependencias, claustro, salas capitular y de refectorio y otras, cuya construcción ocupa desde 1516 a 1805, los nombres de los artistas Cristóbal de Vilches, autor de la iglesia; Francisco Hurtado Izquierdo, del Sagrario; Luis de Arévalo, de la sacristía; los pintores Sánchez Catán, Bocanegra, Palomino, Ferrer, Morales, Carducho...; los escultores Mora, Hermoso, Risueño, Duque Cornejo...

La iglesia es de una nave, recargadísima de adornos de yeso, de mal gusto barroco, con baldaquino de madera dorada y espejos. Detrás se abre el *Sancta Santorum,* camarín con el más estupendo lujo de materiales, fantasía de la composición, brillantez de colorido y riqueza de pinturas y esculturas que encontrarse pueda en España, aun sin olvidar el Sagrario del Paular, la capilla de la Virgen

de los Ojos Grandes, de Lugo, el gran altar de San Martín, en Compostela, y la portada del Sagrario en el Salvador, de Sevilla. El tabernáculo central, de mármoles, añade la más vibrante nota a esta estupenda *joya*, verdaderamente monumental, del arte barroco español.

Más fama tiene, aunque su mérito es muy inferior, la Sacristía, absurda locura de líneas profusas y desconcertantes, pilastras fantásticas, capillas inverosímiles y entablamentos atormentados; obra que tiene tanto de nimia, fría y *geométrica*, cuanto de composición y claro-obscuro monumentales posee el *Sancta Santorum* antes descrito. Las cajonerías son obras notabilísimas de maderas finas, concha, marfil y plata.

Al lado de estas partes de la Cartuja, pletóricas de color y fantasía, las demás del monasterio, si tienen interés para el rebuscador detallista, no para el curioso aficionado a impresiones de conjunto.

CATALUÑA Y VALENCIA

Santa María de Ripoll (Gerona)

LAS memorias de este cenobio se remontan al siglo IX, con las de la dedicación de una iglesia, derribada en 977 para hacer otra más capaz, caída a su vez, cuando, en 1032, la importancia de la casa obligó al célebre abad Oliva a levantar la que ahora (muy restaurada) vemos. En los tiempos de su abaciazgo, Ripoll era uno de los monasterios más insignes de Europa: La Marca Hispánica nos dice las relaciones que sostenía con todo el mundo católico de su tiempo; las memorias y crónicas mencionan sus escuelas de música y matemáticas, a las que venían a estudiar personajes tan ilustres; como la fábrica arquitectónica demuestra cuál fué la grandeza de la institución, aun sin conservarse más que partes de ella. Porque, arruinada en el pasado siglo, el entusiasmo de unos cuantos la hizo renacer, acaso demasiado atrevidamente. Queda de lo antiguo la disposición general de la iglesia, la magnífica portada y el notable claustro.

Fué aquélla una enorme basílica de cinco naves y siete capillas absidales, conjunto sin par en lo románico español. La restauración moderna ha levantado sobre aquella cimentación una fábrica, en la que se resumen los elementos de la arquitectura románica catalana del siglo XI: lisos muros, recias arcadas de medio punto, sencillas bóvedas de medio cañón, cúpula sobre trompas. Acertada o fantástica la restauración, el efecto del templo es imponente y severo, digno de las antiguas memorias del monasterio.

La portada, de un solo hueco, es un grandísimo lienzo, en el que, encuadrándolo, hay siete zonas horizontales de figuras, escenas, arquitecturas, animales y ornatos mil. No es fácil la *lectura* de esta página. Los arqueólogos ven en ella la representación de la lucha de la razón y las pasiones, los premios y castigos, los salmos bíblicos, las misiones beatíficas y el triunfo de Cristo. Los artistas aprecian allí influencias romanas, orientales, nordo-germánicas, bizantinas y lombardas: la perfección del trabajo, la relativa pureza del dibujo, el agrupamiento de las figuras. Y todos, la enorme importancia de la obra, significativa de la que tuvo el monasterio de Ripoll en aquel siglo del abad Oliva y en el siguiente.

El claustro, que es la otra joya ripollense, tiene doble piso. El de abajo, de columnas pareadas, es románico, no obstante estar concluído en pleno siglo XIV, al que acaso debe la esbeltez de sus proporciones. El de arriba se hizo en época gótica, aunque su estilo es arcaizante. Es obra de las más insignes de Cataluña.

Lo demás del monasterio desapareció totalmente.

San Cucufate del Vallés (Barcelona)

Sobre un *castro* romano, donde sufrió martirio San Cucufate, surgió en el siglo IX un monasterio, destruído por Almanzor, renovado en lo espiritual y en lo material por Othon, obispo de Gerona, en 1008, y por Witardo, en 1013, y muchas más veces ampliado, reformado y alterado. Consérvanse iglesia y claustro y un edificio accesorio, al que da *carácter* un viejo torreón poligonal. Aquélla es una basílica de tres naves, en las que se marca todo el proceso histórico del monasterio: a los ábsides románicos, debe señalarse la época del siglo XI y XII; a las naves y al cimborrio, góticas, la del XIII; y al XIV, la fachada, con la preciosa *rosa*, rival de las mejores francesas.

El claustro es justamente famoso. En

ninguno de los ejemplares románicos españoles se llevó más adelante la idea de la armonía y de las proporciones, el arte del detalle. La arquitectura románica catalana reunió allí todos sus elementos característicos: arquería de medio punto, columnas pareadas, capiteles acoplados, bóvedas de medio cañón, tejaroz sobre arquillos. Lo que se escapa a toda descripción, es la serie de capiteles, rica, incomparable, interesantísima. Asuntos religiosos (los menos), alegóricos, de vida campestre, monástica o menestral... todo en abundante fantasía y exquisito buen gusto. Uno hay, ya célebre, donde un escultor labra un capitelito de la misma forma que el que contiene la figura. Es la del maestro autor del claustro, cuyo nombre consta en el pilar contiguo:

HAEC EST ARNALLI SCVLTORIS
FORMA GERALLI QVI CLAVSTRVM
TALE CONSTRVXIT: PERPETVA VALE.

¡Lástima inmensa que el escultor no consignase al propio tiempo la fecha en que labraba sus obras! Siglo XI... siglo XII. ¿Qué importan cien años más o menos, a los que van a respirar en el claustro de San Cucufate el intenso ambiente de poesía, la sedante calma del misterio, la sugestiva impresión de una historia secular?

Monasterio de Poblet (Tarragona)

El año 1149, Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona, dió en pleno dominio a los monjes cistercienses de Font-Froide (Francia), un terreno cercano a la villa de Montblanch, llamado *Populetum*, por estar plantado de pobos (álamos blancos). Acometidas las obras más indispensables, y terminadas en 1153, se establecieron los monjes. Las importantes y definitivas son de varias épocas: de 1162 a 1196, la iglesia y un ala del claustro; de la primera mitad del siglo XIII, otras alas del claustro, el refectorio, biblioteca, sala capitular y otras partes; del promedio del XIV, la gran muralla que circunda el monasterio; al tránsito del XIV al XV, el inconcluso palacio Real adjunto. Alfonso II, Jaime I, Pedro IV, Don Martín el Humano, favorecieron estas obras.

Poblet es el más completo ejemplar de arquitectura monástica de la Edad Media que conserva España. Y por ello, y por la belleza de sus partes, es monumento capital. Ocupa enorme extensión y tuvo dos recintos: el segundo es el que contiene las edificaciones importantes. Penétrase en él por la Puerta Real, flanqueada por

dos torres, y sobre cuyo arco se destaca un bellísimo escudo con el famoso yelmo del dragón alado (falsamente atribuído a Don Jaime el Conquistador), y que es la cimera usada por los príncipes de Aragón, desde Pedro IV. Dentro, se extienden las edificaciones conventuales, dispuestas exactamente según el plan cisterciense, que es, en conjunto, el de San Gall. La iglesia es una severa basílica de tres naves, con girolas y capillas, de estilo románico de transición al gótico. Nada distrae la impresión de solemnidad del templo, pues, siguiéndose en él los preceptos de San Bernardo, no hay en su arquitectura ni un solo detalle ornamental de hojas, figuras, etcétera, etc. El claustro es magníficamente bello: en sus alas se observa la marcha de la obra, pues mientras la contigua a la iglesia es de sencilla estructura románica, las otras son góticas, de un estilo severamente más avanzado. En el centro surge un templete, que contiene la pila o lavabo de los monjes.

Alrededor del claustro se agrupan las estancias de vida monástica: la sala capitular, el refectorio, la cocina, la biblioteca; hacia el ingreso, la bodega, los lagares y depósitos; arriba, los dormitorios, la sala abacial; todo del mejor arte del siglo XIII; y contiguo, el inconcluso palacio Real, que el rey Don Martín levantó, con las típicas

escaleras al descubierto, las grandes ventanas con bellas tracerías, y las estancias, si no muy numerosas ni amplias, bastantes a darnos idea de lo que fuera una residencia de reyes en el siglo XIV. Detrás del monasterio aun hay muchas más construcciones, muy ruinosas; entre la iglesia y la muralla, un rincón, cementerio de abades, poético y ensoñador. Completan la importancia del monumento las tumbas de los Cervera, Moncada, Cabrera, Anglesola, Cardona y muchos más nobles catalanes que descansan allí, como guardia de honor a los reyes aragoneses que quisieron la iglesia de Poblet como panteón, eterno según su deseo, efímero por las violencias humanas, que lo destruyeron. En la iglesia, dos grandes, suntuosos y arruinados cuerpos, de estilo «Renacimiento», fueron tumbas y basamentos de otras, donde reposaron las cenizas de Alfonso II, Jaime I el Conquistador, Pedro IV, Juan I, Don Martín el Humano, Fernando I, Don Juan el Cazador, y otros reyes, infantes y personajes de sangre Real. Y preside este conjunto monumental el magno retablo de alabastro, cuajado de nichos, figuritas e *historias*, del más hermoso «Renacimiento» y de mano de uno de los más insignes escultores que hubo en la España del siglo XVI: Damián Forment.

En verdad, y dado lo que es hoy el celebérrimo santuario mariano catalán, su descripción cuadra más en un libro meramente literario o piadoso que en páginas, como éstas, de tendencias arquitectónico-artísticas. En efecto: ¿qué queda ya de las legendarias obras del abad Wifredo; del monasterio que, en el siglo XI, estaba habitado por monjes de Ripoll; ni del notable refectorio hecho en el XIV por Jaime des Más; ni de las grandes de reforma de toda la casa, emprendidas en el XV, acaso cuando Monserrat fué declarado independiente, por Jaime Alfonso y Pedro Baset? ¿Qué mención es posible del templo comenzado en 1560 y consagrado en 1592, ni de su retablo, su sillería, sus rejas y sus dorados? Todo es allí ahora moderno o reformado, si se exceptúa una arquería del claustro gótico y algún muro de menor importancia. El templo, completamente remodernado; la hospedería y las dependencias, vulgares y sin arte; las estaciones del Vía Crucis, por el contrario, pretenciosas y complicadamente artísticas... ¿Dónde quedan la historia monástica de los monjes benitos, un día floreciente y

poderosa, ya completamente olvidada? Y, sin embargo, Monserrat es y será un santuario insigne cuyo nombre hace palpitar el corazón de los devotos de María Santísima; y para los sentidores del paisaje, Monserrat es y será manantial de hondísimas impresiones, causadas por aquella singular naturaleza, donde lo material se hace ciclópeo; lo misterioso, místico, y lo pintoresco, sublime.

Convento de Santo Domingo, en Valencia

Fray Miguel de Fabra, discípulo de Santo Domingo, era confesor del rey Jaime I, y con él entro en Valencia el día glorioso de la Reconquista. Por su valimiento obtuvieron los dominicos grandes terrenos extramuros, y antes de mediar el siglo XIII ya tenían sobre ellos convento e iglesia. Por modesta, fué sustituída por otra suntuosísima, 1382, y con ella se agruparon en la centuria siguiente claustros, capillas, salas y dependencias, constituyendo una enorme masa de edificaciones. En lo religioso, el convento valenciano tuvo enormes privilegios y riquezas, y fué cabeza de los de la Orden en la región valenciana. La exclaustración hizo su labor secularizadora, y hoy, lo que queda, es Capitanía General, Parque de Artillería y

cuartel. Mas sobre el monumento flotan las memorias de su importancia y, sobre todo, las sombras de sus dos hijos insignes: San Vicente Ferrer y San Luis Bertrán.

Una pared lisa es la fachada, en la que se abre una portada del Renacimiento, de escaso valor. Penétrase en un patio: al fondo, está la puerta ojival, de la iglesia; pero de ella no queda sino la capilla de San Vicente, levantada en 1460, a poco de su muerte, restaurada y desfigurada. A la derecha, otra puerta, también ojival, introduce a la capilla de los Reyes, llamada así porque la comenzó Alfonso V, en 1449, y la concluyó Don Juan II, en 1463. Dentro, aclarada con la costumbre la densa negrura que al pronto nos lo ocultará todo, veremos una espaciosa nave, cubierta por una bóveda notabilísima, *única* en la arquitectura española: una bóveda nervada... sin nervios. Y en el centro admiraremos una suntuosa urna de bello «Renacimiento», que contiene los restos del marqués del Zenete y de su esposa; de aquel Don Rodrigo de Mendoza, hijo del Gran Cardenal, vencedor de las Germanias.

Penetremos en el convento. Parte de un claustro, inconcluso, con magníficas ventanas de tracerías flamígeras, sirve de

tránsito; a ambos lados, se abren el refectorio, gran salón con notables zócalos de azulejería y la sala capitular. ¡Qué asombrosa construcción! El *tipo* monástico de esta dependencia, cuadrado, con cuatro pilares centrales y puerta flanqueada por dos ventanas, que vemos siempre igual, desde los más sencillos *capítulos* románicos, toma aquí altura inusitada y esbeltez prodigiosa, con todos los atrevimientos y primores del arte gótico del siglo XV. ¡Es, indiscutible, uno de los más bellos salones medievales de España!

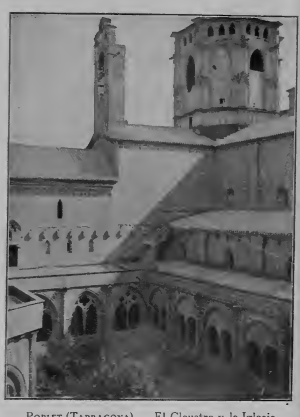
¿Queda algo que ver? Sí; en un patio, una pequeña estancia, fué la celda de San Vicente Ferrer. Penetremos con veneración: mas pronto la perderemos. Con celo muy bien inspirado, pero desastrosamente realizado, la celda que quisiéramos reverenciar, denegrida, austera, ha sido estucada en blanco y oro; y sobre la puerta, *luce* una cruz ¡entre dos bombas de artillería! ¿Qué harán estas *convincentes razones* modernas en el dormitorio de quien fué un prodigio de *convencimiento* por la persuasión y el amor?

San Juan de la Peña (Huesca)

Allá, en la altísima planicie, levanta su masa un flamante monasterio, grande en lo material, disparatado en lo artístico. Dejad aquel monumento, prueba de la blandura de los monjes, que desde el siglo XVII no podían soportar la triste vida en el viejo monasterio. Venid conmigo, serpeando por la senda que árboles centenarios sombrean; bajad a la hórrida cueva de Galión, socavada en enorme peñasco, término de estrecha y selvática garganta. Ved la pobrísima casa que los monjes benedictinos habitaron desde el siglo IX hasta el XVIII. ¿Cuándo y cómo nació el monasterio? En las nebulosidades con que se inicia la historia del reino de Aragón, se vislumbra a García-Ximénez fundando un eremitorio (siglo VIII); a Sancho Garcés, labrando monasterio e iglesia, hacia el año 842; a Sancho Ramírez, renovándolo todo; a Pedro I, consagrando el templo, en 1094; y a sus sucesores del siglo XII, haciendo el claustro. Y de los más de estos



POBLET (TARRAGONA). - Interior de la Iglesia.



POBLET (TARRAGONA). — El Claustro y la Iglesia.



Fot. La Figuera.

LOARRE (HUESCA). — Castillo-Monasterio.



Fot. Crum Watson.

Veruela (Zaragoza). — Interior de la Iglesia del Monasterio.

tiempos, es lo que hay bajo la rocosa techumbre.

En apiñado conjunto, por lo estrechísimo del sitio disponible, se agrupan las habitaciones monásticas, insignificantes; un patio, en uno de cuyos muros están, en curioso panteón, los nichos, románicos, de muchos nobles aragoneses; la iglesia, de una nave, románica también, con otra abajo, más antigua, muzárabe; el curruscante panteón Real, del tiempo de Carlos III, que guarda las cenizas de reyes y príncipes aragoneses; y el claustro, preciosa obra románica, que es único en no tener techumbre, inútil por su cobijo bajo el peñasco. ¡Qué ahogado, pobre y triste es todo ello! ¡Quién dijera que, sin embargo, aquel pequeñísimo cenobio tuvo 300 villas y pueblos bajo su dominio, se rigió por abad mitrado, alojó concilios, suministró obispos a las sedes aragonesas, y fué cuna de la reforma de Cluny, la más grande revolución de la vida monástica española! ¡Y que, en la negrura de aquel recinto, duermen el eterno sueño lo más brillante de la historia de Aragón, los nobles que conquistaron su suelo y formaron sus leyes, y los reyes que rigieron sus gloriosos anales!

El castillo-monasterio de Loarre (Huesca)

¿Monasterio o castillo? Ambas cosas, y a más palacio Real. Constituye Loarre, en verdad, un ejemplar extraordinariamente curioso, para el estudio de las costumbres medievales. Por eso, y no por sus anales religiosos, merece sitio especial en estas páginas, entre las más célebres casas religiosas españolas.

En el siglo XI, Huesca estaba aún en poder de los musulmanes. Preparando su reconquista, el rey Sancho Ramírez quiso afianzarse en un castillo, ibérico según algunos, romano según otros, mahometano indubitablemente, que dominaba la ciudad. Tomado a los moros, constituyó en él un monasterio de canónigos regulares de San Agustín, con iglesia destinada al Salvador y a San Pedro. La Bula de aprobación pontificia lleva el sello de Alejandro II y la fecha de 1071. Dependió luego de los monjes de Montearagón, hasta dar, en el siglo XIII, en manos de la Orden de Jerusalén. Después, la vida monástica de Loarre se esfuma en la militar; no obstante lo cual, aun figura a principios del siglo XVI con un vicario y varios racioneros. Mas ni

aun esos subsistían ya al finalizar la centuria.

Necesarios son todos esos testimonios históricos para asegurar, a la vista del monumento, su primer destino religioso. Porque lo que aun felizmente admiramos, es un imponente castillo roquero, alzado en las estribaciones de la Sierra de Guara, con un conjunto y una silueta de excepcional belleza e interés arqueológico. Un primer recinto murado lo cerca en parte, pues en otra, el peñascal lo hace inexpugnable. El cuerpo del castillo se compone de multitud de estancias, torres, escaleras y murallas, en las que difícilmente se clasifican el torreón del homenaje, las habitaciones Reales, las militares y las monásticas. Sobresale la iglesia, construcción de estilo románico-bizantino, de grande interés arquitectónico. Y es notable la portada de ingreso al castillo-monasterio, muy expresiva del doble destino: porque en lugar del común tipo civil, tiene la de Loarre columnas en las jambas y tímpano esculpido que, aunque muy mutilado, deja adivinar un Cristo en majestad, rodeado por los Evangelistas: todo, como se ve, de absoluto tipo religioso.

Monasterio de Sigena (Huesca)

Fué la primera *casa* femenina de la Orden de San Juan de Jerusalén y una de las más importantes de la España monástica del siglo XII. Lo fundó Doña Sancha de Castilla, hija de Alfonso VII el Emperador y esposa de Alfonso II de Aragón. Por si no fueran bastante a ennoblecerla estos nombres, se unieron los de Pedro II y los nobles fenecidos en la desastrosa batalla de Muret, de los que Sigena es panteón. Y, además, le dieron importancia, la magnitud y clase de los privilegios de que gozó.

Comenzaron las obras en 1183: cinco años después era consagrado el templo. El monasterio, extensísimo, tuvo o tiene iglesia, claustro, refectorio, sala capitular, dormitorios, dependencias y palacio prioral y Real. La iglesia, de una nave, largo crucero y tres ábsides semicirculares, con puerta abocinada, ventanas de medio punto, recios contrafuertes y techumbres de arcos y viguería (sistema catalán), es de estilo románico. En un brazo de la nave del crucero está el panteón real, que contiene los sarcófagos de Pedro II y de Doña Sancha de Castilla. El claustro, hoy muy alterado, fué románico, abovedado. Y son notabilísimas la sala capitular, por el estu-

pendo artesonado y las pinturas góticas que cubren arcos y bóvedas; la sala prioral, por la armadura de madera, en forma de bóveda, con tirante (tipo de carpintería francesa), y la capilla de la Trinidad, en la iglesia, de estilo gótico, construída, no obstante, por un moro llamado Mahomet de Bellico.

Poseyó el monasterio de Sigena valiosa colección de «tablas» de primitivos aragoneses: algunas, salvadas de rapacidades, se guardan en el Museo de Huesca.



ÍNDICE

Páginas

4192021


500312941